

CAPITULO III.

JUNTA DE GUERRA.—LOS ESPAÑOLES SALEN DE LA CIUDAD.—NOCHE TRISTE.—TERRIBLE MATANZA.—HACEN ALTO EN LA NOCHE.—PERDIDA QUE TUVIERON.

No habia ya que disputar sobre la necesidad de salir de la capital, y solo se dudaba del momento oportuno de hacerlo, y del camino por donde se habia de efectuar; por lo que convocó el general una junta de oficiales con el fin de deliberar sobre esta materia. Era su objeto retirarse á Tlascala, y arreglar en aquella capital, con presencia de las circunstancias, sus futuras operaciones. Despues de alguna discusion, acordaron los españoles dejar la ciudad por la calzada de Tlacopan, porque aunque ella ciertamente los llevaria por un camino mucho mas largo que cualquiera de los dos por donde habian entrado á la capital, por esa misma razon era probable que estuviera menos resguardada, y siendo por otra parte mas corta que las otras, pronto llegaria el ejército al continente y se pondria en salvo, comparativamente hablando.

Habia alguna diferencia de opiniones con respecto á la hora de la partida. Unos sostenian que era preferible emprenderla de dia, pues de esta manera podian conocer y precaver el peligro que les amenazara. Probablemente la oscuridad serviria para embarazar sus movimientos mucho mas que los del enemigo, quien conocia bien el terreno, y ademas mil obstáculos podian ocurrir en la noche que les impedirian obrar de acuerdo, ú obedecer y aun cerciorarse de las órdenes del general. Otros replicaban que la noche presentaba muchas ventajas notorias, combatiendo con un enemigo que pocas veces peleaba concluido el dia. Los últimos movimientos de los españoles habian adormecido la vigilancia de los mejicanos, y no era probable que esperaran la pronta partida de sus enemigos. Con actividad y precaucion, podian pues, lograr salir de la capital y pasar la calzada antes de que se advirtiera su retirada, y salvando aquel paso peligroso, poco temor debian tener por lo demas.

Dícese que este parecer tuvo el apoyo de un soldado llamado Botello, que profesaba la ciencia misteriosa de la astrología judiciaria. Habia ganado mucho crédito en el ejército por algunas predicciones que habian resultado ciertas; predicciones que casualmente se habian realizado, y que entre la crédula multitud pasaban por cálculos científicos (1). Este hombre recomendó

(1) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

Predijo el astrólogo que habia de sufrir Cortés las mayores penalidades y que despues disfrutaria grandes honores y fortuna. (Bernal Diaz, Hist. de la conquista,

que se evacuara la ciudad por la noche, como la hora mas propicia aunque para él seria aciaga. Los sucesos probaron que el astrólogo conocia mejor su horóscopo que el de los otros (2).

Es muy posible que la predicción de Botello, acabase de decidir á Cortés, pues la supersticion era un rasgo característico de aquella época, y el general español tenia, como hemos visto, una gran dosis de ella. Ademas, las desgracias disponen el ánimo á creer lo maravilloso; y es tambien muy probable que hallando conforme la opinion del astrólogo con la suya, usara de ella para persuadir á sus soldados, é inspirarles confianza. En fin, determinóse dejar la ciudad aquella misma noche.

El primer cuidado del general, fué procurar el seguro transporte del tesoro. Muchos de los soldados habian, segun se ha dicho, convertido la porcion que les tocó del botin en cadenas de oro, collares y otras alhajas que fácilmente podian llevar consigo. Pero el real quinto, el de Cortés, y una gran parte del rico botin de los oficiales, se habia reducido á barras y tejos de oro macizo y depositado en uno de los salones mas seguros del palacio. Entregó Cortés la perteneciente á la corona á los empleados reales, dándoles uno de los mejores caballos, y una guardia de soldados castellanos para transportarla (3). No obstante esto, gran parte del tesoro real y de la de los particulares fué necesariamente abandonada por falta de medios cómodos de conduccion; viéndose por lo mismo tendido el metal por el suelo en deslumbrantes montones que excitaban la avaricia de los soldados. „Tomad lo que querais,” díjoles Cortés: „mejor es que vos lo disfruteis, y no estos perros mejicanos (4); pero cuidad de no cargaros con mucho peso, pues en la oscuridad de la noche ca-

cap. 128.) Se mostró tan experto en su arte como la sibila de las Indias occidentales que auguró el destino de la desgraciada Josefina.

(2) „Pues al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que tambien allí murió.” Ibid., ubi supra.

(3) Se ha escrito con variedad respecto del lugar en que iba el tesoro, aunque todos convienen en cuanto á su último destino. El general mismo no se escapó de la mas infundada imputacion por parte de sus enemigos, de negligencia y aun peculado. La relacion hecha en el texto está comprobada con la declaracion jurada de los hombres mas respetables de la expedicion, segun se ve en el documento á que tantas veces se ha hecho alusion. „Hizo sacar el oro é joyas de sus Altezas, é le dió é entregó á los otros oficiales Alcaldes é Regidores, é les dixo á la sazón que así se lo entregó, que todos viesen el mejor modo é manera que habia para lo poder salvar, que él allí estaba para por su parte hacer lo que fuese posible é poner su persona á qualquier trance é riesgo que sobre lo salvar le viniese. . . . El cual les dió para ello una muy buena yegua, é quatro ó cinco Españoles de mucha confianza, á quien se encargó la dicha yegua cargada con el otro oro.” Pobrancia á pedimento de Juan de Lexalde.

(4) „Desde aquí se lo doi, como se ha de quedar aquí perdido entre estos perros.” Bernal Diaz, Hist. de la Conquista, cap. 128.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

mina mas seguro el que va mas ligero. Los antiguos veteranos de Cortés, minas y prevenidos siguieron su consejo, tomando algunas cosas de poco peso, aunque probablemente de mayor valor (5); pero las tropas de Narvaez anhelando riquezas de que tanto habian oido hablar, y de que tan poco habian visto hasta entonces, no mostraron tal discrecion. Parecíales que todas las minas de Méjico se les habian abierto, y echándose sobre el rico despojo, no solo tomaron lo que fácilmente podian llevar sobre su persona, sino todo lo que pudieron acomodar en sus mochilas, maletas ó cualquiera otro medio de transporte que pudieron proporcionarse (6).

Luego dispuso Cortés el órden de la marcha. Formaban la vanguardia doscientos infantes españoles, que puso al mando del valiente Gonzalo de Sandoval, sostenido por Diego de Ordaz, Francisco de Lujo y cerca de veinte caballos. La retaguardia que se componia del resto de la infantería, fué confiada á Pedro de Alvarado y á Velazquez de Leon. El general se encargó del centro, en el cual iban los equipajes y algunos cañones de grueso calibre, aunque la mayor parte de ellos quedó en la retaguardia, el tesoro y los prisioneros. Eran estos un hijo y dos hijas de Montezuma, el depuesto señor de Tezcuco, Cacama, y otros varios nobles á quienes Cortés conservó como prendas importantes para sus futuras negociaciones con el enemigo. Distribuyóse á los tlascaltecas casi por partes iguales entre las tres divisiones; y se reservó para sí Cortés, cien de sus antiguos veteranos que le eran mas adictos, quienes con Cristóbal de Olid, Francisco de Morla, Alonso de Avila y otros dos ó tres caballeros formaban un escogido cuerpo para acudir adonde fuera necesario.

Habia dispuesto ya el general la construccion de un puente portátil para colocarlo sobre los canales abiertos en la calzada; y púsole al cuidado de un oficial llamado Magarino, con cuarenta hombres á sus órdenes, todos comprometidos á defender el paso hasta el último extremo. Habia de levantarse el puente cuando el ejército hubiese acabado de pasar uno de los canales, y ponerse en el siguiente. Tres de estos habia en la calzada, y mas afortunada hubiera sido la expedicion, si la prevision del gefe se hubiera extendido á hacer construir otros tantos puentes; pero esto demandaba mucho trabajo, y el tiempo era corto (7).

A la media noche estaban las tropas sobre las armas, prontas para marchar. Celebró el padre Olmedo el sacrificio de la misa, é invocó la proteccion

(5) El capitán Diaz refiere, que él se contentó con cuatro chalchiuitl, la piedra verde tan apreciada por los nativos, que discretamente sacó de los cofres reales antes de que el mayordomo de Cortés hubiera tenido tiempo de asegurarlos. Fuele esta presa de grande utilidad, pues le proporcionó los medios de tener de la gente del país alimentos y medicina cuando se vió en la desgracia. Ibid. loc. cit.

(6) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., ubi supra.

(7) Gomara, Crónica, cap. 109.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 143.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13 y 47.

del Todopoderoso para que las libertara de los terribles peligros de la noche. Abriéronse las puertas, y el primero de Julio de 1520, salieron los españoles por la última vez de los muros de la antigua fortaleza, teatro de tantos sufrimientos y de tan indómito valor (8). Era la noche nebulosa, y una menuda lluvia que caía sin intermision aumentaba la oscuridad. La gran plaza que se extendía ante el palacio se hallaba desierta, como lo habia estado desde la muerte de Montezuma. Con la mayor precaucion, y con todo el silencio posible emprendieron los españoles su marcha por la calle real de Tlacopan, donde tan recientemente habia resonado el ruido de los combates. Todo estaba entonces en silencio, y solo recordaba lo pasado algun solitario cadáver, ó un monton ensangrentado de restos humanos, que indicaban claramente cuál habia sido el teatro de la guerra. Al pasar las callejuelas y sendas pobladas de árboles que desembocaban en la calle principal, ó al mirar los canales, cuya tersa superficie brillaba con una especie de lustre negro como de ébano por la oscuridad de la noche, se figuraban distinguir las confusas formas del enemigo, oculto en acecho y pronto á echarse sobre ellos; pero era solo una vision, y la ciudad dormia sin ser turbado su sueño, ni aun por el prolongado eco de las pisadas de los caballos, y el ronco crugido de la artillería y trenes del equipaje. Al fin, un espacio iluminado que se extendía mas allá de la oscura línea de los edificios, mostró á la vanguardia que habian llegado á la entrada de la calzada. Congratulábanse ya de haberse libertado de los peligros de un ataque en la misma ciudad, y de que un breve espacio de tiempo los pondria á salvo en la ribera opuesta; pero no todos los mejicanos dormian.

Al llegar los españoles cerca del lugar donde la calle se ensanchaba, convirtiéndose en calzada, y cuando se preparaban á colocar el puente portátil en el descubierta canal que tenian á la vista, algunos centinelas indios que estaban colocados en este camino y en los otros que conducian á la ciudad, dieron la señal de alarma, y huyeron despertando á sus compatriotas con sus gritos. Luego supieron lo ocurrido los sacerdotes, que velaban en las cúspides de los *Teocallis*, é inmediatamente tañeron sus instrumentos, y el enorme tambor vibrando en el desierto templo del dios de la guerra, hizo escuchar aquellos solemnes tonos que oídos solo en ocasiones de gran calamidad, se hacian escuchar por todos los ángulos de la capital. Conocieron

(8) Hay alguna dificultad en señalar con precision la fecha de la partida, como sucede con la mayor parte de los acontecimientos de la conquista, pues los historiadores antiguos creyeron inútil cuidar de la cronología. Ixtlilxochitl, Gomara y otros, fijan el 10 de julio; pero esto es enteramente contrario á lo que dice la carta de Cortés, donde se asegura que llegó el ejército á Tlascala el 8 y no el 10 de julio como con equivocacion dice Clavijero; (Stor del Messico, tom. 3, pp. 135 y 136 nota) y de la minuciosa relacion de las operaciones diarias del general, aparece que dejó la capital la última noche de junio, ó mas bien la mañana del 1º de julio. Comp. Rel. seg., en Lorenzana, pp. 142-149.

los españoles que no habia tiempo que perder. Llevóse el puente con toda la prontitud posible. Sandoval fué el primero que probó su fuerza, y atravesándolo siguióle su caballería, su infantería y los aliados tlascaltecas que formaban la primera division del ejército. Vino despues Cortés con sus escuadrones, bagajes, carros de municiones y una parte de la artillería; pero antes de que tuvieran tiempo de desfilar por el estrecho puente, percibióse un sonido confuso, semejante al de una espesa selva agitada por los vientos. Creció mas y mas, y al mismo tiempo oyóse en las aguas del lago un ruido igual al de muchos remos. Disparáronse despues algunas piedras y flechas que solian herir á las precipitadas tropas, y caian cada momento en mayor número y con mas furia, hasta que se convirtieron en una terrible tempestad; mientras que llegaban hasta los cielos los alaridos y gritos de millares de combatientes que parecia habian inundado de un golpe la tierra y el lago.

Siguieron caminando los españoles por en medio de esta lluvia de flechas, y los bárbaros, acercando sus canoas á las orillas de la calzada, saltaban á tierra y acometian á los cristianos; pero estos que solo deseaban escapar del peligro, rehusaban todo combate, excepto cuando era necesario para su propia conservacion. Picando los caballeros sus corceles, se desembarazaban de los enemigos y pasaban sobre sus cadáveres, entre tanto que la infantería con sus templados aceros ó con sus piezas de artillería, los precipitaba por los costados del dique.

Pero la marcha de un ejército de algunos miles de hombres, hecha probablemente en filas de no menos que quince ó veinte hombres de frente, demandaba mucho tiempo, y las primeras columnas habian llegado ya á la segunda cortadura de la calzada, cuando las últimas no habian acabado de atravesar la primera. Hicieron aquí alto, y como no podian pasarla, sufrían mientras la no interrumpida lluvia de flechas y otras armas arrojadizas de los enemigos que en gran multitud se hallaban reunidos sobre las aguas de este segundo foso. Apurada hasta el extremo la vanguardia, mandó pedir á la retaguardia el puente portátil. Al fin habia atravesado el canal el último de los soldados, y Magarino y sus esforzados compañeros, probaron levantar el pesado puente; pero estaba muy afirmado á los lados del dique, y en vano forcejearon con todo empeño para moverlo.

El peso de tantos hombres y caballos, y sobre todo de la artillería, habia enterrado tan fuertemente las vigas en las piedras y tierra, que no era posible arrancarlas. Sin embargo trabajaron por conseguirlo en medio de una lluvia de flechas, hasta que muertos muchos de ellos, y heridos todos se vieron obligados á abandonar su intento.

Pronto se comunicó la noticia de soldado á soldado, y luego que comprendieron su terrible situacion, se escuchó un grito de desesperacion, que por un momento ofuscó el ruido del combate. Habíaseles cortado completamente la retirada, y su única esperanza consistia en los esfuerzos desesperados que cada uno hiciera para salvarse. Dejó de haber orden y subordinacion: la gra-



Carl

vedad del peligro produjo el mas refinado egoismo; y cada uno cuidaba solo de su vida. Continuaron su marcha, derribando al débil y al herido, fuera amigo ó enemigo. Las primeras filas, impulsadas por las de la retaguardia, se agolparon en las márgenes del lago. Sandoval, Ordaz y otros caballeros se arrojaron al agua: algunos lograron pasar á caballo: otros sucumbieron; y varios llegaron á la orilla opuesta, donde siendo rechazados al subir, rodaron al lago con sus caballos. Marchaba en la mayor confusion y desórden la infantería, herida por las flechas, ó derribada por las clavas de los aztecas, entre tanto que mas de una desgraciada víctima medio moribunda, era llevada á bordo de las canoas con el fin de reservarla para mas dilatada pero tambien mas espantosa muerte (9).

Terrible fué la mortandad en toda la calzada. Su oscura masa presentaba un blanco demasiado seguro á los tiros del enemigo, que muchas veces ciego por el furor del combate heria á sus mismos compatriotas. Los mas cercanos á los bordes, arrimando sus canoas con tanta fuerza que se rompian en el choque, saltaban á tierra y luchaban brazo á brazo con los cristianos, hasta que ambos caian rodando por los costados de la calzada; pero el azteca era recibido por sus amigos, mientras que su antagonista era llevado en triunfo al sacrificio. Largo y terrible fué el combate. Reconociábase á los mejicanos por sus blancas túnicas de algodón, que débilmente se distinguian en la oscuridad, y levantábase del lugar de la lucha un discordante y sordo clamor, en el que iban mezclados el horrible acento de la venganza, los gemidos de la agonía, las invocaciones á los santos y á la Santísima Virgen, y los gritos de las mujeres (10), pues habia varias de ellas, tanto indias como españolas, que habian acompañado al ejército cristiano. Muy particularmente se hace mencion de una llamada María de Estrada, por el valor que desplegó batiéndose con espada y adarga, como el mas esforzado guerrero (11).

El foso se habia llenado con los restos de las cosas que habian sido arroja-

(9) Ibid., p. 143.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13 y 47.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 24.—P. Mártir de Anglería, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 6.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 4.—Probanza en la Villa Segura, MS.

(10) „Pues la grita, y lloros, y lástimas que decía demandando socorro: Ayudadme, que me ahogo, otros: Socorredme, que me matan, otros demandando ayuda á N. Señora Santa María, y á Señor Santiago.” Bernal Diaz, Ibid., cap. 128.

(11) „Y asimismo se mostró muy valerosa en este aprieto, y conficto María de Estrada, la qual con una espada, y una rodela en las manos, hizo hechos maravillosos, y se entraba por los enemigos con tanto corage, y ánimo, como si fuera uno de los mas valientes hombres del mundo, olvidada de que era muger. . . . Casó esta Señora con Pedro Sanchez Farfan, y diéronle en encomienda el pueblo de Tetela.” Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 72.